ban en pié; y yo con algunos hombres, luchaba aún defendiendo la casa en donde Remedios rezaba con el llanto en los ojos y el horror de aquellas escenas en el alma.

Soria se echó sobre la casa, siguiendo siempre en su feroz capricho, y mi gente incapaz ya de resistir, hizo una descarga inofensiva y huyó. Entré en la casa, empujé á Remedios hacia un rincón y la cubrí con mi cuerpo, blandiendo el machete con desesperación.

Soria y tres hombres más me siguieron; no podían hacerme fuego porque se exponían á herir á la hija de aquél; pero de súbito me acometieron á la vez, descargué machetazos ciegos, resistí un instante, y..... no sé más.

XIII

En San Martin.

No comprendía yo cómo estando ceñido de cuerdas todo el cuerpo y encerrado en tan oscuro cuarto, podía no obstante ver marchar á los soldados del Gobierno, que uno á uno pasaban delante de mí; pero el caso es que yo los veía, y oía sobre todo el golpe de sus gruesos zapatos sobre las piedras de la calle. Pasaba uno marchando á compás con precisión admirable, de máquina; se alejaba y cuando el ruido de sus tacones se debilitaba, otro le sucedía, siguiendo el mismo compás seguro y monótono. ¡Singular manera de entrar un ejército en plaza vencida!

Los soldados se sucedían sin interrupción, y aquello no tenía término posible; pero la calle estaba solitaria, y la gente curiosa no asomaba por puertas ni ventanas. En esto sonó una campana pausadamente: "Llaman á misa" me dije; pero no era así: después de tres golpes, la campana calló. Mucho espacio seguí viendo soldados y oyendo su fastidioso compás de marcha; al fin me dormí y no recuerdo más.

Desperté otra ocasión y quedé sorprendido de que me hubiesen aprisionado la cabeza en un tornillo, oprimiéndola sin lástima, de tal suerte que no la podía mover. Bien asegurada por tan rudo medio, un artista armado de cincel y martillo se empeñaba afanoso en perfeccionarme el parietal izquierdo, sacándome astillas de craneo. El dolor que yo sentía era insufrible, y los golpes del martillo sobre el cincel tenían de particular que eran tan exactamente acompasados como la marcha de los soldados de marras. Caí en nueva confusión y no pude hablar para quejarme de crueldad semejante. Luego la misma campana sonó diez veces; pero no era ninguna de las de mi pueblo, cuyas voces me

eran tan conocidas como las de las personas de mi casa. ¿Qué era aquello? Mi entorpecido cerebro no podía pensar, y sentía yo para sufrir la tortura á que estaba sujeto, cierta resignación ó mejor indiferencia, más propia de bestias que de hombres.

—Parece que despierta, dijo una voz femenil que me sonó muy agradablemente.

Y no sé lo que siguió después, porque en mi cabeza se formó un enredo que me es imposible recordar, y recordado no podría describir.

Creo que dormí otra vez. Al despertar por la tercera, abrí los ojos; y aunque no enteramente libre de las sombras que envolvían mis ideas me dí cuenta más cabal de mi situación. Un tic tac con aquel maldito compás de marcha me llamó la atención; busqué con los ojos, y ví sobre apolillada rinconera un alto, serio y grave relox de péndulo que producía su aburridor golpecillo, y daba las horas con esa formalidad y exactitud de los empleados viejos en oficina laboriosa.

Poco á poco fuí despejándome y llamando mis recuerdos, hasta que logré, para mi mal, traer á la enterpecida memoria los sucesos

del campamento, acaecidos yo no sabía cuándo. Pensé en Remedios, en la derrota, en Don Mateo, en todo!.....

Probé á moverme, pues aun no sabía si me faltaba una pierna ó las dos; mas un golpe de martillo en el parietal izquierdo, me hizo comprender que por allí estaba el daño. Tenía yo realmente la cabeza en un tornillo; pero no de fierro, sino bajo la forma de una venda blanca. Al llevarme á ella la mano, otra blanda y tibia la detuvo.

—No te toques allí, me dijo una voz cariñosa.

Y en viendo la rosada carita de Felicia, me expliqué todo lo que era posible explicarme.

Estaba yo en la casa del Cura de San Martín, junto á la Iglesia, y aquella ventana tenía probablemente vista á la plaza. Pensé en mi madre, y cerré un momento los ojos para verla mejor en mi alma.

¿Y el Señor Cura? Estaba durmiendo la siesta, pues eran las dos de la tarde; pero no tardaría en levantarse, y había de ponerse muy contento cuando me encontrara tan despejado y fresco. ¡Oh! se había hecho todo lo posible para volverme á mis cinco sentidos;

mas inútilmente. Bien dijo la curandera Doña Eufrasia que eso vendría poco á poco. Me habían lavado la cabeza con aguardiente y aplicado muchos lienzos de agua fría. El Sr. Cura tenía mucho empeño en que me sangraran; pero no había quien lo hiciera, puesto que el barbero era del Jefe político y no se podía hacer confianza de él.

Interrumpí á la verbosa niña para preguntarla quién me había llevado á su casa.

—Las mujeres, me dijo; no ves que cuando persiguieron á los pronunciados, las mujeres se pusieron á recoger á los muertos? Pues Bartolita la revendedora te encontró; te puso en su carreta y te cubrió la cara para que no te conocieran los demás. Veniste con muchos muertos y al pasar por aquí te entregó á mi tío. ¿No ves que Bartolita es comadre de tu mamá? ¡Hu! si hay más muertos y heridos en el pueblo!.....

¡Bendiga Dios á Bartolita que me salvó de aquellos chacales hambrientos!

Por allí ibamos en larga conversación entretenidos, bien que en ella diera yo á la niña la mayor parte por mi excesiva debilidad,

cuando apareció el venerable cura Don Benjamín Marojo.

Celebró el buen anciano mi mejoría y regañó á la sobrina, que en vez de charla debiera haberme dado alimento luego que abrí los ojos. Corrió la alegre niña á la cocina, y el cura, sentándose á mi cabecera, me reprendió dulcemente por haberme metido en camisa de once varas. Y á fé que bastante hubo de dominar su carácter para no ser duro; gracia que por aquel solo día me concedió, en atención á mi debilidad y á las punzadas de mi herida.

Aun suspiran en mi tierra viejas y viejos por el Padre Marojo, que quedó allá como inimitable tipo de sacerdotes buenos; y cuentan las madres á sus hijos la biografía humilde del cura, con más colorido que Castelar la vida de Byron. Comienzan por decir que era alto y flaco, encorvado y reumático; continúan que llevaba algo exagerada la nariz, la boca grande y al andar pesado, y concluyen con el resumen inesperado de que no era feo. Y en efecto, si es lo feo lo que desagrada, aquel viejo era un buen mozo.

En su ministerio, D. Benjamín cumplía

con sus deberes estrictamente, extendiéndose más allá por la caridad y buenas obras; si bien no formó jamás hermandades, cofradías ni otras instituciones semejantes de notoria piedad y beneficio; pero no tuvo la culpa, pues aun no estaban en privanza estas asociaciones, que después han venido á llenar un vacío notable y lastimoso.

No era gran predicador; pero tenía el talento necesario para enseñar con el ejemplo, sistema *objetivo* que no es fácil aplicar con frecuencia, especialmente en los pueblos cortos. Y con decir que no era gran predicador, sobra para manifestar que habría sido incapaz de arreglar y llevar á término el concordato de que ahora se habla ó de llegar á cardenal, no obstante que bien pudiera llegar á santo.

Hablaba con voz ronca y muy de prisa, comiéndose una ó dos sílabas de cada palabra, pero así y todo, sus consejos llegaban al fondo del alma y sus duros regaños, de los que nadie escapaba, imponían y dominaban. ¡Y decía una misa....! ¡Qué misa! Veinte minutos y ¡fuera! Las viejecitas se le querían comer de gusto; porque las mujeres, por más que

sean amantes de la oración, no encuentran en la misa condición más apreciable que la brevedad.

Tal era el hombre que me recogió con cariño, y que durante mi curación me prodigó los cuidados de verdadero padre. Su sobrina, chica de catorce años, inquieta, vivaracha y charladora, llenaba mis ratos amargos con su dulce garrulería alegre y pintoresca. Quería mucho á Remedios y me hablaba á menudo de ella, con palabras tan ingenuas y tan cariñosas que me parecía que la besaban.

La curandera me visitaba todos los días y me hacía alguna curación enteramente inútil, puesto que mi herida no tenía importancia real y la cicatrización estaba encomendada á la naturaleza. La conmoción cerebral producida por el golpe había sido lo principal. Sin embargo, el buen Padre Marojo, se calaba las gafas y observaba atentamente la herida, siguiendo las explicaciones que Doña Eufrasia le hacía con mil extravagantes pormenores.

Una mañana me asomé á la ventana que daba á la plaza, acompañado de Felicia.

—Mira, la dije; ahora están barriendo la

plaza. Esto es cosa nueva, pues nunca se ha hecho.

—Porque no había quien barriera, me contestó, riendo con malicia. ¿No ves quiénes trabajan?

—¡Es verdad! exclamé asombrado: aquél es Arenzana.... ¿no? aquel otro es Bermejo.... Pero Bermejo es empleado del Gobierno!

—Ya no; le quitaron el empleo, según oí decir á mi tio, y puso D. Jacinto á Pepe Gonzaga en su lugar; ya sabes, el más chico.

—¡Qué barbaridad! Estos pobres nada han hecho, ni se meten con nadie. Aqnellos otros de la izquierda son tres regidores. ¡Este Coderas es un sultán aquí!

—¡Ha! Si ha hecho mil cosas; dicen que el Presidente está en la cárcel, y al juez ya le iban á meter también, porque no quería sentenciar en favor de los Gonzaga un pleito que tienen con el español; pero siempre dicen que dió la sentencia y quedó de amigo de D. Jacinto. Al pobrecito español le embargaron la tienda.

—¡Es posible! exclamé irritado.

—¡Entrate, Juan; me dijo repentinamente la muchacha.

—¿Por qué?

—¡Entrate, éntrate! y tirándome violentamente del brazo, me hizo abandonar la ventana.

—Ya te vió, continuó agitada; y viene para acá.

—¿Quién?

—D. Abundio.

—¡Cañas!

—¡A ver si te cojen, hijito, y te meten en la cárcel!

Y un momento después el Sindico se presentaba en el cuarto, dejándome de una pieza.

—No te asustes, Juanito, me dijo melosamente; soy tu amigo y no corres peligro ninguno. Nada menos aquel día en la Jefatura, si yo no me interpongo con los modos que viste, no encuentras tú manera de fugarte. ¡Y vaya si lo necesitabas! Coderas habría sido capaz de fusilarte; pero en estando yo, no podía pasarte nada. No, hijo; fuí muy amigo de tu padre y tuve mucho que agradecerle; pues te sirvo á tí ya que á él no le pude corresponder sus servicios.

Y continuó por este camino sin parar, hasta declararme que mi madre estaba en la

cárcel con las mayores comodidades posibles, que él había proporcionado, ya que no pudo evitar todo el daño que se la hacía.

Sin yo pedirlo, me dió informes de la revuelta y sus hombres. D. Mateo se situó en San Bonifacio con la gente que de los dispersos pudo reunir, y en doce días que desde su derrota habían corrido, se aseguraba que no sólo había reorganizado su tropa, sino que la tenía aumentada. Coderas, satisfecho de su triunfo, temía aventurar su gloria, yendo á buscar al tigre en su madriguera. Por otra parte, se aseguraba que el General Baraja había obtenido una victoria completa sobre las fuerzas del Gobierno, y que ya el Nacional tomaba cartas en el asunto, transando con los revolucionarios para poner paz en *aquella importante fracción de la República*.

—Es un hecho, concluía Cañas; y yo se lo he dicho á Coderas mil veces: la revolución es justa y triunfará. Yo he continuado apareciendo como amigo de este hombre, para poder contenerle un poco. Y si por mí no fuera, ya habría hecho mil atrocidades.

Me quedé pasmado; pero encontraba yo satisfactoria la explicación de aquel hom-

bre, que hasta se me fué haciendo simpático.

—¡Juzga uno tan ligeramente! me decía yo en mi interior.

No paró allí la bondad del Síndico; Felicia se había retirado, y Cañas, acercándose á mí hasta arrojarme á la oreja el aliento, me dijo con misterio:

—Hay algo que te interesa más. Ya *esta gente* sabe todo lo que te acabo de decir, y Soria está desesperado porque teme á D. Mateo; y para evitar de una vez que vuelva á apoderarse de Remedios, se propone casarla en estos días. Resérvate esto y ten cuidado. La quiere casar con Pepe Gonzaga, quien está muy anuente, tanto porque la muchacha lo vale, como porque Soria es rico y Pepe muy ambicioso.

¡Calcule el lector el efecto que me produciría esta confidencia!

XIV

La Fuga.

ERES un muchacho loco, me dijo el Sr. Cura con semblante irritado; treinta y dos años llevo de ser cura de San Martín, y conozco á esta gente como las palmas de mis manos. A todos estos los he visto nacer, y sé cómo son y cómo fueron sus padres y sus abuelos. ¡Bah! de estas bolas he visto muchas, y todo lo que está pasando ya me lo sabía sin que me lo dijeran. A Coderas porque triunfó en la acción le mandó el Gobierno el grado de Teniente Coronel; y á Mateo, porque perdió, le manda Baraja el de Coronel. A Camilo Soria no le importan los derechos del pueblo; y como ya está rico, no se habría metido en la bola si no fuera porque quiere ver colgado á Mateo, y quedarse

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO